

TATU'Í

(LA MALDICIÓN DE SER CRIADITO)

*Para Avelino y Libó, mis amigos.
Perdón por elevar a ficción vuestras desgracias.*

José Manuel Silvero Arévalos

En mi país, la lluvia de enero es una fiesta. Aguaceros abundantes riegan los insufribles días de calor intenso. La humedad se ciñe a los cuerpos y su abrazo se confunde con el desagradable tufo de pesadez y desesperación. Recuerdo a mis amigos de infancia, en su mayoría criaditos, jugando felices alrededor de aquel pequeño arroyito.

Ese día de enero, unas gruesas gotas de sudor empaparon mi cuerpo. El torso se me inundó de humedad y unos finos hilos de agua salada recorrían mi espalda en picado manchando por completo mi menuda silueta. Hacía mucho calor, mucho calor. Al rato, el cielo se cubrió de nubes muy cargadas. Con el dedo apuntamos hacia los primeros truenos y nos dimos cuenta que la lluvia era inevitable.

Cómo olvidar aquellos encuentros. Gritábamos al unísono intentando exorcizar el miedo a la tormenta. De repente, las primeras gotas comenzaron a abrir diminutos huecos en el arroyito. Cuando ello ocurrió, unas cuantas figuras desnudas ya estaban brincando de alegría en el agua. Movíamos las manos imitando las mariposas de los humedales y dejábamos volar por los aires el inmenso gozo que estábamos experimentando.

Los hijos de los campesinos teníamos la ventaja de ser libres. Podíamos visitar los arroyos, humedales, nacientes de agua y hacer pequeñas excursiones sin que ello significara un esfuerzo pedagógico por parte de los adultos. Descubríamos cada tarde ese mágico entorno. Caminábamos en grupo y jugábamos en aquel pequeño mundo. Llamativamente nuestros padres no se preocupaban en demasía por lo que pudiera acontecer con nosotros, quizá por ello, aprendimos a cuidarnos desde muy chiquitos.

Ese día, el aguacero cayó con fuerza. Los niños estábamos felices. Endurecíamos nuestros cuerpos y valientemente intentábamos que la piel soporte las pequeñas picaduras caídas del cielo. Nadie quería dejar aquel torrencial festival de agua dulce. Retirarse sería traicionar la alegría del grupo.

Tatu'í estaba exultante, inmensamente feliz. Recuerdo su rostro elevado al cielo. Con sus ojitos semiabiertos intentó medir la fuerza del aguacero e inmediatamente contorneó sus labios y dibujó un perfecto corazón por donde veíamos fluir el sabor dulzón y agresivo de las gotas interminables.

Luego, apagó los ojos, movió agresivamente la cabeza y dejó volar miles de gotas confundándose entre ellas. Mientras, todos nosotros jugábamos rabiosamente sin parar. Nuestra alegría era incontenible. Mancharnos con lodo era lo más grande que podíamos hacer.

A veces me pregunto si los juegos y fantasías de los hijos de campesinos difieren de la alegría de aquellos niños que sometidos a un régimen aséptico se alejan de la lluvia, el viento, las mariposas y el lodo. Si crecemos de manera tan diferente, nuestros tratos serán distintos. Yo amo la lluvia, los arroyos, las mariposas, el lodo de los humedales y no creo que toda la tierra buena deba ser explotada sin otro fin que el monocultivo extensivo. ¿Será que los niños que no conocieron los arroyos comunitarios son los empresarios que hoy matan esos nichos de vida con tanta convicción?

Juan, el más chiquito del grupo, persiguió desesperadamente a Libó. Ansiaba tocarle y así pasar de perseguidor a perseguido. Extraño juego que los mayores legamos a los niños donde lo importante es ser perseguido y evitar la captura. La dignidad radicaba en ser ladrón y no tanto en policía.

En una esquina, Luis reía sin parar. No podía contener su indescriptible gozo. Y es que logró hacer un tremendo nudo con la camiseta de Pato. La operación no fue fácil. Costó conseguir arrastrar con sigilo la prenda y sin la impagable ayuda de Libó el eterno nudo nunca se hubiese concretado.

Doña Juanita, la viejecita lavandera pasó muy cerca del grupo con un enorme atado de ropa en la cabeza. Antes de



alejarse hacia la naciente de agua, miró fijamente a Tatu'i y le recordó algo que no llegamos a escuchar.

En mi pueblo era común observar a las lavanderas braceando una y otra vez con la palmeta, kilos y kilos de ropa. Ellas golpeaban una y otra vez la mugre de los ricos.

Libó contó que su madre trabajó toda su vida como lavandera en la casa de ña Fermina. Recordó con cierta tristeza en sus ojos que allí lavaba mucha ropa todos los días. Nos acercamos junto al amiguito y de manera espontánea le rodeamos. Uno de nosotros preguntó:

—Aréma nde sy omano hagué ¿ajépa? (Hace tiempo que murió tu madre ¿verdad?)

El niño fingió una leve sonrisa, trazó con sus dedos a la altura de sus ojos un pequeño círculo, luego empujó lentamente una gramilla que había flotado a ras del agua y contestó diciendo:

—Ojapóta un año ko febrélope (Se cumple un año este mes de febrero)

Cinco largos años de enfermedad habían matado la belleza de doña Eugenia, la madre de Libó. Ña Fermina su patrona, al enterarse que era viuda, Libó pasó a ser criadito de la familia. Nunca asistió a la escuela, aunque su madre le había enseñado a leer y a escribir, el niño debía servir a la familia que le cobijaba. Cómo voy a olvidar a aquel morochito si tenía una habilidad excepcional con la pelota. Sus piernas largas y su cuerpo fornido hacían que todos le quisiéramos tener en el equipo. Cada vez que metía un gol, que ocurría siempre, podía comer caramelos y sorber pequeños restos de gaseosa que Pato siempre le convidaba.

Cuando pasó ese breve pero intenso minuto de recordar a la madre del amiguito, escuchamos un tremendo puaff. Tatu'i se había lanzado desde la barranca ostentando su habilidad de nadador nato. Y es que podía aguantar varios minutos bajo el agua. Está de más decir que era la sensación del grupo. Menudito, manos pequeñas y

callosas, piernas arqueadas y marcadas como cebra. Sus ojos pequeños y su boca desdentada radiografiaban el infierno donde moraba.

El grandulón Javier, hijo de la maestra, le amenazó a Luis por haber osado tocar la camiseta de Pato, su hermano menor. Luis, en tono burlón invitó a su demandante a que proceda y deje de amenazar. El pequeño tenía fuero. Su padre el comisario era motivo más que suficiente para suavizar el trato con el hijo.

Pero el pobre Pato estaba a punto de llorar, mordía el sucio trapo una y otra vez intentando desatar el nudo. El griterío generalizado era de ho'ú galleta, galleta, galleta (Va a comer galleta, va a comer galleta).

En medio de aquella tamaña algarabía, Tatu'i volvió a mirar a doña Juanita y se puso muy nervioso. Aquella lavandera sabía que la patrona le recibiría con varios azotes.

El niño suspiró y sin razón alguna golpeó despiadadamente a Libó, éste se molestó y le reprochó su actitud. Pero Tatu'i siguió. Golpearé a todos, a cualquiera, nos gritó.

Sus pequeños labios se hincharon de rabia. Entre todos le silbamos en tono de desaprobación y el acoso aparentemente menguó.

Tatu'i puso cara de desagrado y se acercó a la barranca arrastrando sus pies. Había olvidado que su patrona le pidió regresar pronto con varios mazos de *chirca* blanca (*Baccharis dracunculifolia*) para armar la escoba y barrer el inmenso patio. Doña Juanita le advirtió lo que le esperaba al regresar.

Entonces, agarró su camiseta blanca, torció con fuerza y dirigió un chorro de agua marrón para abajo y se dispuso regresar.

Los niños conocíamos la desdicha de Tatu'i. Inmediatamente nos acercamos a él y con la mirada intentamos ingenuamente blindarle para que pudiera

aguantar un día más los reproches y los malditos golpes de su patrona. El aguacero ya había amainado. Con trotecito ligero el criadito se alejó. Fue rompiendo los charquitos con sus zancadas firmes. ¿Será que con cada salto intentaba librarse de los mil demonios que moraban su cabecita de niño golpeado?

Yo no sabía qué hacer, solamente atiné en gritarle: Aniké ne rase. Ko'éro javy'a jevýta (No llores. Mañana volveremos a jugar por un rato y volveremos a ser felices).

Tatu'í y Libó, los dos criaditos, acostumbraban escaparse de sus patronas para poder jugar. A pesar de los golpes que recibían, el juego les reportaba la alegría que todo niño necesita para seguir viviendo.

Luego de que nuestro amiguito se fue, todos abandonamos el agua. Después de tanta jugarreta cada uno volveríamos a nuestro hogar. Exhaustos de tanto brincar, no perdimos el tiempo y corrimos detrás de Tatu'í. Ese día decidimos avisar a la maestra y al comisario que una vez más las malditas marcas de los cables del sillón se posarían en todo el cuerpecito de nuestro amigo. Todos corrimos. Nadie dijo nada. Excepto Luis, quien hizo una pregunta a Libó.

—¿La itúvaiko ndoikuaái la ojejapóva Tatu'í rehe? (¿Su papá no sabe lo que le hacen a Tatu'í?)

Libó respondió:

—Ha'éngo tyre' avei (Él también es huérfano)

Tatu'í en lengua guaraní significa pequeño armadillo. Ese mote le adjudicamos luego de darnos cuenta que recibía muchos golpes y maltratos. Entonces, fuimos a vichear en la casa donde vivía y allí, escondidos en medio de los matorrales, pudimos ver de qué manera el cuerpo de nuestro amigo adoptaba la postura de un pequeño armadillo amarrado a su caparazón a fin de sobrellevar la furia inmensa de sus golpeadores. Desde ese día le llamamos Pequeño Armadillo (Tatu'í).

Aquella tarde fuimos todos a la casa de su patrona. Nuestros padres, la maestra y el comisario, todos llegamos preguntando por Tatu'í. En una esquina, acurrucado en un sucio rincón, Tatu'í parecía llorar quitamente para no incomodar a su patrona. Con una mano sujetaba su pequeño rostro inundado de lágrimas y con la otra, intentó acariciar una de sus débiles piernitas, pero quedó por el camino. Su remerita blanca se tiñó de sangre y lodo. Tatu'í ese día no resistió, aquella tarde de arroyo y alegría también fue de golpes y maltratos, pero la última, la última.

Nunca más volvimos a probar el dulce sabor de la lluvia de enero. Nunca más quisimos intentar siquiera ser felices sin él. Hoy, a tantos años de aquel día, no me queda otra cosa que recordar a mi amigo Pequeño Armadillo y lo hago con rabia, pues veo que el criadazgo persiste y casi siempre es fuente de maltrato y dolor. ☒

José Manuel Silvero Arévalos (San Juan Nepomuceno, 1975). Doctor en filosofía paraguayo. Profesor de Lengua y Cultura Guaraní (Ateneo de Lengua y Cultura Guaraní). Docente Investigador de la Universidad Nacional de Asunción-Paraguay.

